

Sendero luminoso: la última revolución del siglo veinte o el inicio de un largo camino por la emancipación

Sendero luminoso: the last twenty century revolution or the start of a long road por emancipation

J. KENNY ACUÑA VILLAVICENCIO

(México)

Universidad Hipócrates del estado de Guerrero
johnkenny291@yahoo.com.mx

Recibido: 11/ 04/2 018

Aceptado: 25/ 06/ 2018

Resumen: A fines del siglo veinte, el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso se convirtió en una de las organizaciones más radicales de la izquierda peruana. Su poderío llegó a desestabilizar al poder legítimo e hizo de la violencia revolucionaria el fundamento de la lucha de clases. Este acontecimiento dio lugar para que la sociedad fuese restaurada por medio de la represión y se impulsara una lógica de acumulación capitalista basada en el neoliberalismo. Con base en ello, en el presente artículo, sostenemos que Sendero simboliza un punto de ruptura con la tradición política de la izquierda y permite imaginar otros procesos de emancipación que van más allá del poder estatal. Asimismo, sienta las bases para repensar la teoría marxista, así como el papel fundamental del sujeto revolucionario, hoy.

Palabras clave: Sendero Luminoso, violencia revolucionaria, Estado, partido político, clase, lucha de clases.

Abstract: At the end of the twentieth century, the Communist Party of Peru-Shining Path became one of the most radical organizations of the Peruvian left. Its power came to destabilize the legitimate power and made revolutionary violence the foundation of the class struggle. This event gave

rise to the restoration of society through repression and the promotion of a logic of capitalist accumulation based on neoliberalism. Based on this, in the present article, we argue that Shining Path symbolizes a point of rupture with the political tradition of the left and allows us to imagine other processes of emancipation that go beyond state power. Likewise, it lays the basis for rethinking Marxist theory, as well as the fundamental role of the revolutionary subject, today.

Keywords: Shining Path, revolutionary violence, State, political party, class, class struggle.

El acercamiento a un fenómeno revolucionario

Durante las dos últimas décadas del siglo veinte, el estado y la economía controlada habían colapsado. El Perú se encontraba en una situación de crisis total. Los regímenes de Belaunde (1980-1985) y García (1985-1990), poco podían hacer para frenar el colapso de una forma de estado desarrollista o keynesiano, por decirlo de alguna manera. A este hecho se sumaba el deterioro del campo y la falta de trabajo asalariado en las ciudades. En 1980, la izquierda consideraba que la única manera de revertir esta crisis era tomando el poder y para ello la vía electoral debía ser una estrategia que respondía al colapso de los regímenes socialistas en el mundo. Esta postura fue compartida en su mayoría por todos los movimientos, organizaciones y partidos políticos de izquierda e incluso se había llegado a la conclusión de crear un frente único de cara a las elecciones de 1990, la Izquierda Unida. En cambio, para otras organizaciones marxistas se trataba de un camino que desdeñaba la lucha emprendida tiempo atrás por las guerrillas y los movimientos campesinos y obreros.

Para el caso que nos interesa, Sendero o PCP-SL (Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso), esta postura contravenía al papel revolucionario del partido y las masas organizadas. A su entender, la toma del poder por medio de las elecciones solo justificaba la reorganización de la burguesía y la burocratización de la revolución. Al contrario, la propuesta de cambio social debía surgir de la resistencia de los más desfavorecidos por el estado capitalista-terrateniente-burocrático. En ese sentido, la situación de atraso y pobreza en el campo era suficiente para pensar en la liquidación del poder por medio de la violencia revolucionaria. Esta plataforma

política no era en absoluto una exageración, pues se sabe a ciencia cierta que, durante el régimen de Alan García, el país padecía una inflación de más de 7 mil por ciento, que provocó el levantamiento armado en muchos escenarios del país (González, 1998).

Por lo expuesto, en el presente trabajo pretendemos discutir la revolución llevada a cabo por Sendero, porque creemos que, si bien se trata de un fenómeno un tanto inasible para la academia, se trata de un fenómeno importante que nos ayuda a comprender el papel de la izquierda (latinoamericana) durante el proceso revolucionario del siglo veinte.

De algún modo, esto nos permite comprender más en detalle el surgimiento de otros modos de tejer y hacer política en la actualidad. Nos referimos a aquellas rebeliones (ocultas) que han sido discutidas luego de la caída de la revolución senderista en 1992. De este modo, pretendemos encontrar al interior de la historia oficial otras formas de pensar la sociedad y la política emancipatoria. Por otro lado, más allá de un análisis de la problemática económica y política de fin de siglo veinte, Sendero tiene que ser tomado en cuenta para repensar la izquierda, así como el papel fundamental que juega el estado en la restauración de la dominación y la reproducción del capital. Esta perspectiva es la que nos acompaña y recorre el presente trabajo.

Para ello, hemos llevado a cabo un trabajo minucioso y analítico de las fuentes con la intención de adentrarnos de mejor manera en el fenómeno Sendero. En una primera etapa, se revisaron documentos (clásicos) que fueron elaborados por especialistas. A esto se suma la visión estatal sobre el despliegue de la lucha armada durante las décadas mencionadas. En este caso, se tomó en cuenta el informe de la Comisión de la Verdad creada durante el régimen transitorio de Valentín Paniagua. En la segunda etapa del trabajo, se consultó manuscritos de primera mano. Es decir, se revisaron los manuscritos elaborados antes y durante el despliegue de la lucha armada. Cabe indicar que los primeros escritos llevan la autoría del líder máximo de Sendero, Abimael Guzmán, y la otra parte se encuentra registrada bajo el nombre del PCP-SL. Este hecho es importante resaltar, porque durante el inicio de la revolución, Sendero desapareció del escenario público y operó desde la clandestinidad. Quizá este hecho, ha llevado a que esta organización sea conocida y cuestio-

nada más por la violencia generada y no por su postura política sobre el estado capitalista y la revolución.

Visto esto, debemos señalar que para Sendero el país estaba sometido por poderes terratenientes y burocráticos que impedían la liberación del pueblo. A diferencia de la izquierda democrática, la clase se organizaba y surgía de las contradicciones del capitalismo y no de procesos burgueses como las elecciones. Esto quería decir que el sujeto revolucionario estaba destinado a tomar y convertir el poder en un Estado de Nueva Democracia. Evidentemente, esta lucha no podía desprenderse de manera espontánea, para ello, era necesaria la presencia de un partido que conduzca de manera orgánica la revolución contra la burguesía terrateniente. A nuestro modo de ver, la toma del poder no liberaba al desposeído, al contrario, este hecho solo invierte los mandos y funciones políticas. Esta postura guarda relación con el postulado weberiano en el sentido de que el estado, ya sea en su versión socialista o capitalismo, es una instancia racional-burocrática que ejerce y reproduce violencia legítima (Weber, 2008). En ese sentido, la idea de fundar un nuevo estado, estaba atravesada por una racionalidad moderna. Quiere decir que la revolución de Sendero estaba contenida de elementos racionales y burocráticos, por no decir burgueses.

Por otro lado, Sendero consideraba al igual que Mariátegui (2007), que el estado peruano no era capitalista a pesar de que los regímenes desarrollistas habían promovido la industrialización del país. Esta contradicción se podía ver claramente en la migración o desborde popular de la gente del campo hacia la capital (Matos, 1986). Es más, no se establecía la autonomía de estado respecto a la producción social y económica. Al contrario, se trataba de una sociedad sometida por el capitalismo terrateniente y burocrático y, como tal, la gente del campo estaba sentenciada a impulsar la guerra popular. Desde luego, esta visión remarcó la “posición de clase” y ancló “como consecuencia, claro está, su método: el materialismo dialéctico” (Guzmán en Arce, 1991: 45).

Bajo este canon, Sendero estaba obligado a impulsar desde el campo una lucha estratégica y sectorizada que depusiera las relaciones sociales de tipo patrimonial. En el manuscrito: *Para entender a Mariátegui*, Guzmán (1991: 46) postulaba la idea de que la sociedad se encontraba sometida por la “economía social, la economía

política” y por “relaciones sociales de explotación” terratenientes, presente en muchas regiones del llamado Perú profundo. Esta paradoja sentó las bases de una filosofía radical que se alimentó del marxismo-leninismo-maoísmo y cuyo propósito era aniquilar el viejo estado. Bajo este panóptico, la revolución era concebida como una etapa, una línea de tiempo en el progreso del hombre andino. Cabe señalar que esta visión política no sólo giraba en torno a un pensamiento teleológico, sino que partía de experiencias sociales como el levantamiento estudiantil de Ayacucho de 1969. Con este hecho, Sendero reafirmaba que la confrontación de grupos y poderes formaba parte de las leyes materiales e históricas de la sociedad capitalista.

No en vano y siguiendo a Marx, los senderistas creían que la revolución debía ser asumida en tanto “concepción dialéctica como antítesis de la concepción idealista de Hegel” (Guzmán, 1991: 66). En otras palabras, la realidad generaba una “propia actitud mental” y, como tal, tenía que ser descubierta por la clase desposeída. Bajo esta apreciación la filosofía materialista no sólo “constituye su esencia”, sino que, también, se trata de un “producto social”; vale decir, “la filosofía es producto de la práctica social y por ende tiene un carácter de clase” (Guzmán, 1991: 65). Esta búsqueda por reorganizar la clase, representa un momento importante en la construcción de la lucha contra el poder. Es decir, la historia no sólo ha negado al sujeto en lucha, sino que lo ha condicionado a una actividad social pasiva que no constituye su esencia real. La posibilidad de salir de este marasmo sólo se da a partir de la praxis social y política.

Violencia en la revolución

En este apartado, queremos señalar que el concepto de violencia expuesto aquí responde de manera *ex profeso* al momento histórico de “guerra interna” que le tocó vivir al Perú. Bien cabe la aclaración que la violencia es un tema que requiere una atención especial; sin embargo, lo que se pretende es el dilema entre violencia revolucionaria y violencia legítima. En ese sentido, partimos del hecho de que la revolución para Sendero es asumida como una necesidad histórica y entendida como un método creativo de irrupción del tiempo capitalista. Sólo a partir de la alteración de dicho tiempo se logra establecer una sociedad de comunes, es decir, una nueva institución política todopoderosa como es, a saber:

El nuevo Estado se construye en medio de la guerra popular y sigue un proceso de desarrollo específico, construyéndose en nuestro caso primero en el campo hasta cercar las ciudades y plasmando en todo el país; proceso en el que va destruyéndose el viejo Estado y expresándose la contradicción viejo Estado-nuevo Estado, haciendo fracasar todos los planes políticos y militares de la reacción e incorporando a las masas (Guzmán en Arce, 1991: 376).

De acuerdo con esto, podemos señalar que el antagonismo de grupos y clases era pensado como algo inevitable al proceso de cambio impulsado por el poder popular. Es más, a diferencia de las guerrillas *foquistas*¹ de mediados del siglo veinte, la irrupción del capitalismo terrateniente debía ser pensada en términos organizativos, militares y estratégicos. Esto hizo que muchas regiones como Ayacucho fueran capturadas, porque la consideraba como una zona con condiciones materiales cuestionables. Esto implicaba cambiar de raíz la cultura de las comunidades y la ideología de los campesinos. Es necesario recalcar que en este proceso hubo una serie de reacciones contra el Pensamiento Gonzalo y el proyecto de aniquilamiento del viejo poder.

A consideración de Sendero, el campesino realizaba una serie de prácticas sociales y políticas de antaño que impedían el crecimiento de la resistencia y la victoria de la guerra popular. Por ello, era necesario aniquilar el viejo estado y las formas patriarcales de dominación social. En otros términos, se trataba de una lucha en abierta oposición a la burguesía y la historia. Como señala la CVR el 22 de marzo de 1983:

[...] un grupo de pobladores de Lucanamarca se dirigió hacia las alturas donde se encontraba escondido Olegario Curitomay, quien fue capturado y conducido hasta la plaza de armas. En este lugar, los pobladores reunidos lo

¹ El foquismo fue la tendencia predominante en el Perú y Latinoamérica. Ésta responde al pensamiento guevarista en el sentido de que no existe siempre “condiciones” para llevar a cabo la revolución, no obstante, lo que sí está presente es un “foco” de resistencia o, por decirlo de algún modo, personas conscientes de llevar a cabo dichas acciones. El ejemplo más claro de foquismo fue la revolución cubana de 1959 (Debray 1974, 1969).

golpearon con piedras y hachas, le prendieron fuego y, finalmente, le dieron muerte con un disparo de arma de fuego (2002: 44).

La muerte de este militante fue considerada por Sendero como una especie de contrarrevolución. Ante este hecho, la Dirección Central había ordenado a su brazo armado una “sanción ejemplar” que debía darse en nombre de la revolución². Es así que el 3 de abril de 1983 cerca de setenta senderistas había llegado a Lucanamarca con la finalidad de acorralar a los pobladores. Al respecto, la CVR señala que:

[...] armados con hachas, machetes, cuchillos y armas de fuego, iniciaron su ataque [...] Las acciones se iniciaron alrededor de las ocho de la mañana en las estancias ubicadas en Yanacollpa [...] Al llegar a este lugar, reunieron a un total de veintinueve personas entre hombres, mujeres y niños, las cuales fueron encerradas en la vivienda y atacados brutalmente con hachas, machetes y armas de fuego. Como consecuencia fueron asesinadas todas las personas que se encontraban en el lugar. Durante estos actos e inmediatamente después de ultimar a las víctimas, los subversivos rociaron agua hirviendo sobre sus cuerpos y aseguraron la puerta de la vivienda con candado (2002: 46).

En cuanto a este hecho, Sendero hizo eco del costo de la revolución y consideraba que la guerra popular debía tener su sacrificio, ya que: “para conservar nuestras fuerzas tenemos que aniquilar las del enemigo, pero para aniquilar al enemigo tenemos que pagar un costo a fin de preservar el conjunto” (Guzmán en Arce, 1991: 362). La desaparición del viejo poder formaba parte de un proyecto político que había sido pensado desde la década de los años setenta. Por entonces, la

² En 1988 Abimael Guzmán sostuvo que la violencia era necesaria para derribar al viejo poder. E sus palabras: “Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca, ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro, porque ahí vieron una respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de 80, eso es lo real; y lo decimos, ahí hubo exceso, como se analizara en l año 83, pero toda cosa en la vida tiene dos aspectos: nuestro problema era un golpe contundente para sofrenarlos, para hacerles comprender que la cosa no era tan fácil; en algunas ocasiones, como en ésa, fue la propia Dirección Central la que planificó la acción y dispuso las cosas, así ha sido [...] ahí lo principal fue hacerles entender que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuestos a todo, a todo”.

preparación ideológica y militar de cientos de jóvenes estudiantes de origen campesino era fundamental para garantizar la victoria sobre el Estado. Aunado a esto, la presencia del partido debía consolidar la idea de hacer brotar la rebeldía.

Al respecto, el profesor Melgar Bao (1986: 189) señala que: “La táctica de batir el campo por oleadas, implica articular la espontaneidad popular y la centralización orgánica. La centralización orgánica apunta al desborde de la violencia popular para retroalimentar la centralidad del aparato político-militar”. En otras palabras, batir el campo implicaba organizar a las masas campesinas y alentarlas a emanciparse de un modo más articulado y velado por la *forma partido*. Sin dudas, se trataba de una visión clásica de lucha organizada, pues el partido no parecía guardar distancia con otros partidos políticos de izquierda. Sin embargo, es importante recalcar que, a diferencia de ésta, Sendero pudo unir la coerción del partido y la espontaneidad de la rebeldía popular.

La guerra popular contra el estado

En el manuscrito *Desarrollemos la creciente protesta popular*, Sendero cuestiona a manera de revisión histórica, el papel de los movimientos sociales y las guerrillas en su lucha contra la dominación capitalista. El cuestionamiento no radica en la imposibilidad del despliegue de la fuerza revolucionaria, sino en la ausencia de una entidad política que logre conducir la revolución. Al respecto Guzmán dice: “Ligada a la gran movilización campesina de mediados de los años 60 está la lucha guerrillera del MIR y del ELN, pero no siguiendo la concepción del proletariado sobre la guerra popular” (1991: 119) fue aniquilada por la contrarrevolución, es decir, por el Estado. Lo dicho guarda relación con el postulado aquel de que para Sendero no existía otra forma de acabar con este poder y, a su vez, desarrollar la lucha de clases si no era a partir de la preparación ideológica (Degregori, 2010; 2013). Desde luego, esto daba lugar a: “[...] afirmar la convicción de muchos senderistas, de ser ellos los únicos depositarios de la ortodoxia revolucionaria y que por lo tanto tienen en sus manos, en las cumbres de los Andes, el porvenir de la revolución mundial” (Favre en Roldan, 1990: 63).

En virtud de ello, esta postura se diferenciaba de otros movimientos y grupos políticos como Izquierda Unida y el MRTA. La primera, sostenía que las elecciones

eran medios estratégicos de lucha que podían reivindicar a las masas empobrecidas; en cambio, la segunda, la guerrilla foquista consideraba que la revolución debía ser abordada por el pueblo y no por un partido político. Dicho de otra manera, la guerrilla estaba detrás del pueblo y debía encontrar las condiciones necesarias y objetivas para tomar el poder.

En oposición a lo señalado, Sendero sostenía que no era lo mismo pensar las “condiciones objetivas de la revolución que condiciones subjetivas”, más bien, ésta última respondía a aquellos “instrumentos capaces de convertir la situación revolucionaria en violencia revolucionaria” (Guzmán en Arce, 1991: 123). Sendero recalca que las masas por sí sola no transformaban la sociedad, más bien, eran las condiciones objetivas de la sociedad las que producían la resistencia popular. Por dicho motivo, este partido acusaba a la izquierda por no haber transformado a las comunidades andinas en verdaderas masas y ejércitos guerrilleros.

De este modo, Sendero se creía heredero de la emancipación popular, porque, además de contar con un ejército en expansión, estaba de acuerdo en que las masas educadas no podían fracasar en su intento de toma del poder. Cabe indicar que a inicios de los años noventa, el trabajo ideológico-militar de Sendero, hizo que la Revolución de los Andes se convirtiera en un movimiento casi imbatible. Fabiola Escárzaga (2000: 77) señala que para 1992 “cerca del 42.5% del territorio nacional, en el que habitaba el 56% de la población, se encontraba bajo estado de emergencia, era el radio de acción de Sendero”. Sin duda, se encontrábamos frente a un movimiento que no sólo había cercado al país, sino que obligaba a las poblaciones campesinas a defender la lucha armada.

Ante el crecimiento de la revolución, el estado puso en marcha un proyecto de exterminio y restablecimiento de las relaciones sociales; para ello, hizo que se legitimara la represión contra la revolución senderista. Durante los regímenes de García (1985-1990) y Fujimori (1990-2000) varios grupos militares clandestinos pusieron en marcha una “guerra de baja intensidad” que provocó un desencuentro abierto contra Sendero. A decir verdad, en la medida en que la revolución se expandía, la respuesta de la represión no sólo era sectorizada y estratégica, sino que resaltaba por su carácter necropolítico (Mbembe, 2011). Este desencuentro abierto por la conquista del poder, había generado en menos de una década la desaparición de

por lo menos 70 mil personas³. No sólo eso, esto había dado lugar para que Fujimori pusiera en marcha una nueva lógica de acumulación capitalista basa en el neoliberalismo, así como la reorganización de las relaciones sociales.

A pesar de este suceso, Sendero consideraba la confrontación de grupos y clases como una *ley universal* y propia del materialismo histórico. Quiere decir que, así como prevalecía una violencia reaccionaria, puesta en marcha por la maquinaria del poder, también, existía una violencia revolucionaria puesta en vigor por la gente consciente y elevada. Vale decir que la violencia se hallaba: “en las centurias de la historia de nuestra sociedad”, ésta que “movilizando campesinos bajo la dirección del proletariado genera un ejército popular dirigido por el Partido Comunista, la violencia que levantándose en el campo desenvuelve una guerra de masas para destruir el viejo Estado” y edifica una nueva sociedad (Guzmán en Arce, 1991: 97).

La violencia no se trataba sólo de una correlación de fuerzas, también era generada por las contradicciones del Estado (burocrático-terrateniente). En relación a esta postura, la violencia que tomaba la revolución era considerada como el motor de la historia, porque el antagonismo social residía en la no reconciliación humana de diferentes clases (Sánchez, 1976). Por consiguiente, la revolucionaria era un proceso de lucha y confrontación, pues formaba parte del nacimiento trágico del hombre andino.

Al respecto, en el manuscrito *Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial*, Sendero realiza un balance de la violencia revolucionaria y para ello se sirve del materialismo histórico. En él sostiene que la victoria de los brazos armados o guerrillas en diferentes puntos estratégicos del país, respondía a la concepción materialista de lucha de clases y a las leyes sociales de disrupción del poder estatal. Cabe señalar que en este documento se lleva a cabo un diagnóstico de los seis años (1980-1986) de resistencia: el 80 es considerado como el “inicio de la lucha armada, de la guerra de guerrillas”; los años 81 y 82 corresponden al “despliegue de la lucha armada” y el surgimiento de actores sociales y Comités de lucha; y el 83 y 84

³ Las cifras calculadas por la Comisión de la Verdad y Reconciliación son aproximaciones. Sin embargo, considerando el número de muertes a partir de una economía política de la violencia ésta pierde importancia.

son años de “lucha en torno a restablecimiento-contrarrestablecimiento” o la guerra contrarrevolucionaria que procura reestablecer el viejo Estado (Guzmán en Arce, 1991: 220).

Desde otra perspectiva, Sendero consideraba que el Estado estaba controlado por un grupo de poder y se encargaba de garantizar la reproducción del capitalismo en su fase imperialista (Guzmán en Arce, 1991: 221-230). Asimismo, mantenía la postura de que el Estado basado en su “política de masa contra masa” justificaba la violencia legal contra la revolución del pueblo. A decir verdad, el Estado devenía dominación y control social; en cambio, la violencia revolucionaria emancipaba al hombre.

En relación a esta última postura, el líder de Sendero había expuesto ante el Comité Central la importancia en resaltar los seis años de lucha contra el Estado y sus fuerzas del orden. En su balance político, había llegado a contradecir los resultados oficiales respecto al crecimiento de las guerrillas durante la década de los años ochenta. La intención principal era dar a conocer que la “guerra popular había realizado 30 mil acciones en veintidós de los veinticuatro departamentos del país” (Guzmán en Arce, 1991: 241-242). Este informe daba a entender que el Estado no podía controlar la resistencia organizada por el partido. Esta ocupación se exhibe en el siguiente cuadro:

Gran Salto, formas de luchas y zonas (junio 1984-junio 1986)

Formas de lucha de la Guerra Popular	Conjunto del país	Ayacucho, Huancavelica y Apurímac	Centro, Norte, Sur y Huallaga	Lima metropolitana	Otros
Porcentaje	%	%	%	%	%
Guerra de guerrillas	45.9	54.4	36.0	12.0	16.8
Sabotaje	11.8	8.0	18.6	23.7	26.9
Aniquilamiento selectivo	8.2	9.6	9.2	3.8	1.7
Propaganda y agitación armadas	34.1	28.0	36.2	60.1	54.6
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

(Guzmán, Abimael, 1991)

La confrontación entre Sendero y el Estado agrietaba más la política y la economía nacional. Los senderistas creían que la revolución estaba deteriorando los cimientos del Estado y el crecimiento del poder popular era una clara muestra a la construcción del nuevo poder. En ese sentido, quienes asumían dicha responsabilidad política no eran las masas en sí, sino la “clase revolucionaria”. Al respecto, pensando con Lenin, Sendero decía lo siguiente: “Ni la opresión de los de abajo ni la crisis de los de arriba basta para producir la revolución –lo único que producirán es la putrefacción del país– si el país dado carece de una clase revolucionaria capaz de transformar el estado pasivo de opresión en estado activo de cólera y de insurrección” (Guzmán en Arce, 1991: 122).

Queda claro que para Sendero la clase estaba formada por un grupo deteriorado socialmente, en este caso, por el capitalismo-terrateniente. El amasamiento y su conducción a la liberación generarían en términos del marxismo clásico una lucha de contrarios o lucha de clases. Esto daría lugar a imponer un poder popular que debía estar regida por el partido. Esta visión mecánica de la sociedad respondía, sin duda alguna, a la interpretación materialista de la sociedad peruana. Esto fue posible gracias a Abimael Guzmán, porque se había encargado de abreviar el pensamiento marxista, leninista y maoísta y, claro, tuvo que apoyarse en Mariátegui, para formular la idea de que la izquierda no había comprendido el papel histórico del verdadero sujeto revolucionario.

Es decir, la gente del campo era la fuerza política que necesitaba la revolución peruana. Para ello, era necesario liquidar el viejo poder, así como la tradición y la cultura andina, porque se trataba de una sociedad que, en plena expansión del mercado y el imperialismo, había sido atravesada históricamente por formas sociales de producción precapitalista. En ese sentido, los llamados a formar la clase revolucionaria eran los campesinos y que, junto al brazo armado del partido, debían garantizar el quiebre del Estado. A esta lucha debían sumarse otras fuerzas como la de los obreros, pues se creía que, durante el acorralamiento de Lima, los sindicatos y trabajadores se sumarían a la resistencia de los andes.

El largo camino de la emancipación

El análisis sobre Sendero no debe partir necesariamente por su radicalidad

contra el Estado, sino por la manera como fue asimilada el marxismo. Más arriba se ha señalado que este movimiento se ocupó de organizar la espontaneidad del movimiento y degradar la continuidad del tiempo capitalista desde una instancia como el partido. Para los periodos que se ha analizado, es decir, los años ochenta y noventa, Sendero se creía heredero de la revolución. Este hecho no puede pasar desapercibido por la academia, porque esta idea surge de la imposibilidad de los movimientos sociales y guerrillas en resolver el papel del sujeto revolucionario. Para superar este impase, sostenía Sendero que era necesario virar hacia las verdaderas fuerzas sociales que anidaban en el campo y, desde allí, se debía organizar a éstas en verdaderas resistencias populares.

Consideramos que la lucha de Sendero partió de una lectura mecánica de la realidad y, sobre todo, vio en el campo la posibilidad de desarrollo de la lucha de clases. Si bien esta visión política no se diferenció al razonamiento de la izquierda, la peculiaridad de Sendero reside en la condensación de los discursos radicales, en su fetichismo partidario y fanatismo logrado por los militantes. De acuerdo con esto, fue posible el desprendimiento de su ira, de su violencia revolucionaria. Sin duda alguna es necesario cuestionar el accionar político de esta organización, porque el desenvolvimiento de la revolución de manuales generó caos y pánico. Sin embargo, Sendero no puede ser concebido de otro modo que no sea su lucha contra la dominación. El Estado insiste hasta el hartazgo que se trata de un movimiento terrorista y sanguinario, pero olvida las circunstancias materiales e ideológicas que impulsaron su emergencia. La crisis económica y la toma del poder, en este caso, por la vía revolucionaria era la discusión de la izquierda peruana. En medio de estas circunstancias, Sendero logra imponer su filosofía radical y accionar revolucionario. Pero, el cisma político que se había generado dio lugar para que la burguesía rearticulara la fuerza de trabajo a condiciones, esta vez, bajo la economía neoliberal. La década de los años noventa es una clara demostración de la necesidad del Estado para garantizar la reproducción de la acumulación capitalista.

La caída de Sendero en manos de Fujimori enuncia este cambio y, por supuesto, el inicio de otras formas de pensar la resistencia. Las Rondas Campesinas, los movimientos estudiantiles, los movimientos amazónicos y andinos nos han brindado experiencias otras de emancipación y resistencia. Se trata de formas políticas más horizontales y que van más allá de la violencia revolucionaria y la violencia estatal.

Si durante el siglo veinte la clase y la lucha de clases era pensada en términos de choque de grupos; hoy, podemos decir que la clase se funda en la experiencia cotidiana y, sobre todo, emerge a partir de las relaciones trabajo-capital.

Quiere decir que “el porvenir de la cultura andina” (revolucionaria) empieza a encontrar su camino, su propio ritmo. La experiencia de aquella gente común que habitaba los márgenes de las ciudades y las comunidades desgarradas por la guerra, hacen notar su tradición comunitaria y su capacidad política de organizarse en autonomía (Montoya, 2010). Además de eso, nos dan la pauta para reelaborar una nueva conceptualización de la resistencia y la teoría revolucionaria.

Bibliografía

- Arce, Luis (1991). *Guerra popular en el Perú. El pensamiento Gonzalo*. México.
- Burt, Jo-Marie (1999). Sendero Luminoso y la “batalla decisiva en las barriadas de Lima: el caso de Villa El Salvador”. En: Stern, Steve. (ed.) *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y sociedad, 1980-1995*. Lima: IEP, UNSCH.
- Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2003): “Las ejecuciones extrajudiciales en Lucanamarca (1983)”: En: *Comisión de la verdad y reconciliación. Informe final. Tomo VII*: Lima, CVR.
- Debray, Régis (1969). *Ensayos sobre América Latina*. México, Ediciones ERA.
- (1974). *La crítica de las armas*. México: Siglo XXI Editores.
- Degregori, Carlos y Grompone, Romero (1991). *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas*. Lima: IEP.
- Degregori, Carlos (2010). *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1974. Del movimiento por la gratuidad de la enseñanza al inicio de la lucha armada*. Lima: IEP.
- (2013). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú. 1980-1999*. Lima: IEP.
- Escárzaga, Fabiola (2001). “Auge y caída de Sendero Luminoso”. *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado en Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*, (2), 75-97.
- González, Efraín (1998). *El neoliberalismo a la peruana. Economía política del ajuste estructural, 1990-1997*. Lima: IEP.
- Guzmán, Abimael (1991). “Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial”. *Guerra popular en el Perú. Pensamiento Gonzalo*, (Comp.) Luis Arce; México.
- Mariátegui, José Carlos (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Marx, Carlos (2006). *El Capital I. Crítica de la economía política*. México. D.F., FCE.
- (2016). *El manifiesto comunista*. México: LECTORUM.
- Matos, José (1986). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Madrid: Editorial Muselina
- Melgar, Ricardo (1986). “Una guerra etnocampesina en el Perú: Sendero Luminoso”. *Anales de Antropología. Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, (23), 163-194.
- Montoya, Rodrigo (2010). *Porvenir de la cultura quechua en Perú. Desde Lima, Villa El Salvador y Puquio*. Lima: UNMSM.
- Roldan, Julio (1990). *Gonzalo el mito*. Lima: Tierra Adentro.
- Sánchez, Adolfo (1976). “Prólogo”. En: Pashukanis, Evgeny. *La teoría general del derecho y el marxismo*. México D.F.: Editorial Grijalbo.
- Weber, Max (2008). *Economía y sociedad*. México: FCE.